

desesperación de sus adversarios, eran solo en parte fundadas. La toma de Damietta no tenía la extraordinaria importancia que le fué atribuida en aquel momento; pues los cruzados tenían que perder esta ciudad mas tarde ó mas temprano si no sometían á la vez á su dominación todo el Egipto, y era muy dudoso que su poder fuese bastante fuerte en frente de las fuerzas todavía muy considerables de los eyubitas.

La marcha de los sucesos del año siguiente, demostró á las claras que aun había que vencer dificultades muy grandes para que la causa de la Cruz triunfara completamente á orillas del Nilo. Considerables masas de peregrinos regresaron á la patria; y á pesar de que llegaban nuevos guerreros de todas partes, el ejército fué apenas reforzado lo suficiente para poder someter el Egipto, rico y muy poblado. A esto hay que añadir las desagradables discordias habidas entre los cristianos de Damietta. El rey Juan de Jerusalen deseaba que la ciudad fuese incorporada á sus dominios. El legado se opuso por largo tiempo; pero al fin dió su consentimiento á medias, aunque causó con su anterior resistencia y en general con sus altanerías modales tal exasperación entre los peregrinos, que suscitó varias veces rebeliones y derramamiento de sangre. Además de esto, influyeron de una manera notable sobre la cruzada los asuntos de la Siria septentrional. Allí había sido arrojado del trono de Antioquía el príncipe Boemundo IV (1216), por su rival el príncipe Ruben, quedándole únicamente Tripoli; pero en mayo de 1219, murió el protector de Ruben, el anciano rey Leon de Armenia. A su muerte se volvió á apoderar Boemundo del trono de Antioquía, y Armenia se debilitó por las disensiones interiores que abrieron á los antioquenos, ó sea á los francos en general, el camino para ganar mayores influencias en aquel país. Cuando el rey Juan tuvo noticia de todo esto en el campamento de Damietta, perdió todo deseo de hacer la guerra en el valle del Nilo, se separó de los cruzados, y volvió á la Siria ansioso de sacar partido de aquellas contiendas. Allí permaneció hasta el verano de 1221 sin hallar ocasión de realizar sus deseos, y se necesitaron repetidas exhortaciones y promesas eclesiásticas para inducirle á la continuación definitiva de la campaña de Egipto.

Durante su ausencia, intentó varias veces el legado Pelagio llevar el ejército de los peregrinos á un gran ataque Nilo arriba. Los clérigos de Damietta estaban en general conformes con el representante del Papa; pero con la misma unanimidad declararon los caballeros que no tenían las fuerzas suficientes para acometer tal empresa, y que debían por tanto esperar nuevos refuerzos del Occidente y el regreso de Siria del rey Juan. El legado rogó y mandó que le siguiesen, censuró y amenazó á los tardíos con duras palabras; pero toda la actividad del ejército se limitó á insignificantes correrías durante el año 1220.

Los eyubitas se aprovecharon naturalmente de esta indolencia de los cruzados. Alcamil ocupó fuertes posiciones cerca de la ciudad de Mansurah (1), sobre el Nilo, algunas jornadas al Sur de Damietta, y hostilizó á los cruzados que llegaban. Almuazzam devastó entre tanto los territorios fronterizos de los cristianos en Siria, destruyó la fortaleza de Cesárea, recién construida, y acosó con fuerzas poderosas el Castillo de los Peregrinos, pero sin vencer la resistencia valerosa de los templarios, á quienes pertenecía este fuerte, y regresó pronto á su país.

En la primavera de 1221 se preparó al fin la lucha decisiva.

(1) La ciudad de Mansurah, es decir, la victoriosa, fué entonces construida por el sultán. El nombre orgulloso que recibiera, iba á ser justificado con los repetidos triunfos de los musulmanes.

En mayo llegaron notables fuerzas alemanas á las órdenes del duque Luis de Baviera, del obispo Ulrico de Pasau y de otros grandes del imperio alemán, siendo estas fuerzas únicamente precursoras de mayores en número, que el emperador Federico II iba á mandar al Oriente pocos meses despues, por cuya razón habían de diferirse mayores expediciones de guerra, segun el mismo Federico había rogado encarecidamente repetidas veces. Pero la impaciencia y altanería del legado ya no reconocieron límites (2). Se dirigió al duque Luis y sus compañeros, los cuales, como todos los peregrinos recién llegados, ardían en deseos de pelear, los persuadió á que siguieran su opinión, y ganó con su ayuda poco á poco todo el ejército para emprender el inmediato ataque contra las principales posiciones del poder enemigo. El éxito feliz era tal vez posible, si se terminaban rápidamente los preparativos de la marcha en profundo secreto, y se lanzaban sobre los musulmanes con la celeridad del rayo. Pero lejos de á esto, hicieron los peregrinos sus preparativos clara y manifiestamente, descubrieron á todos sus propósitos y perdieron el momento único que hubiera podido darles la victoria. Cuando al fin se decidieron á emprender la campaña en 17 de julio, les amenazó, sin contar con las armas de los musulmanes, el enemigo mas temible que puede encontrar un ejército que no conoce el terreno en las llanuras del Egipto, á saber: la inundación periódica del Nilo. Por eso estaban perdidos desde un principio, y á pesar de que marchaban contra Mansurah con un fuerte ejército y una gran escuadra, bien armados y en excelente orden, cayeron «como pájaros en los lazos, y como peces en las redes.»

La noticia de las intenciones de los cruzados causó al principio en el Cairo grande espanto; pero Alcamil no se desanimó por eso, antes bien, reforzó en lo posible su ejército con repetidas levadas, amenazó á los perezosos con la pena de muerte, y pidió socorros inmediatos á sus parientes y amigos de la Siria y Mesopotamia. Cuando despues marcharon los cristianos contra él, se les opuso valerosamente; pero al fin les ofreció de nuevo la paz, prometiéndoles el antiguo reino de Jerusalen en la misma extensión que antes tenía, con tal que le devolvieran la plaza de Damietta. En esta ocasión, segun parece, fueron mas los que se declararon por la aceptación de la paz, que antes de la toma de Damietta, y no faltaron prudentes advertencias acerca de la horrible fatalidad hácia la cual se encaminaban ciegamente; pero el legado Pelagio, el conquistador de Damietta, estaba muy lejos de conformarse con los deseos de paz de sus compañeros; y confiado en su suerte, logró que se diera á Alcamil por segunda vez una respuesta negativa (3).

Tal respuesta fué un solemne disparate, tanto mas grave, cuanto que antes de darla (24 de julio), habían ya llegado al territorio del campamento fortificado de los musulmanes cerca de Mansurah, y comprendido que no se podía contar con una victoria fácil, sino que les esperaba una lucha larga y encarnizada. Hicieron también un campamento, al cual rodearon de parapetos y trincheras, y esperaron una ocasión favorable para atacar á los enemigos, los cuales tuvieron la ventaja de esta falta de decisión. Numerosas tropas de Siria y Mesopotamia reforzaron poco á poco sus filas; el agua del Nilo creció y llenó los canales de las llanuras y lograron los egipcios llegar á espaldas de los cristianos con

(2) Pelagio era español de nacimiento, y su afán apasionado por emprender cosas grandes, se acrecentó mas y mas por haber hallado en un libro árabe la profecía de que la doctrina de Mahoma sería exterminada por un español despues de una duración de 600 años.

(3) Cuando el rey Felipe Augusto de Francia supo que había estado en manos de los cristianos el ganar un reino por una ciudad, parece que dijo: Han sido locos y necios en no aceptar.

una gran escuadra, por medio de un canal que entonces se hizo navegable á consecuencia de las inundaciones que empezaban.

En 18 de agosto fueron atacados sus buques y en parte destruidos; despues numerosos enjambres de tropas ligeras se distribuyeron en derredor del campamento de los cristianos; los puentes y el camino que hácia el Norte conducían á Damietta, fueron destruidos, y rotos los diques que retenían las aguas del Nilo entre Mansurah y Damietta. Pronto se hallaron los cruzados cercados como en una isla por las poderosas aguas del imponente río y por las masas superiores del ejército enemigo. A pesar de esto, se mantuvieron firmes hasta el 26 de agosto, en cuya fecha resolvieron replegarse, si era posible, á Damietta en la oscuridad de la noche del siguiente día. Pero la disciplina del desgraciado ejército estaba ya muy relajada; ni siquiera supieron guardar el secreto de la marcha; y mientras las apiñadas columnas pasaban desconcertadas por pantanosos caminos, el enemigo atacó por todas partes á las vacilantes tropas.

A esta noche fatal siguió un día todavía mas terrible. Cada vez se desplegabam mas formidable la superioridad de ambos adversarios, las aguas y los musulmanes. Verdad es que los caballeros cristianos pelearon con desprecio de la muerte, y no pocos, principalmente los templarios y el rey Juan, que había vuelto á Egipto precisamente al principio de esta campaña, causaron la admiración de sus enemigos por su valor temerario; pero ninguna fuerza humana podía ya salvar al ejército. Santa y penosamente pasaron los peregrinos una noche mas y otro día; pero cuando ya llegaron á faltar los víveres, y los mas valientes solo tenían la elección de la muerte, enviaron los cristianos una embajada á Alcamil.

Los musulmanes estaban perfectamente informados de la triste situación de sus adversarios; pues lo que no habían visto lo habían sabido detalladamente por cobardes espías. Por eso pidieron muchos de sus jefes, henchidos de soberbia ante la victoria y animados por la venganza, que fuese destruido el ejército cristiano; pero Alcamil pensó de otro modo y se resolvió á atenerse, aun en el mismo momento del triunfo, á seguir la política suave y pacífica que había heredado de su padre. En efecto, tal política nunca fué mas fundada que entonces, pues siguiendo una conducta benévola para con el enemigo, profundamente humillado, se podía poner fin á la sangrienta guerra religiosa, á lo menos por algun tiempo, y sobre todo, ganar de nuevo á Damietta, llave del Egipto; mientras que, empleando la crueldad, quedaria Damietta en poder de los cristianos, y nuevos ejércitos de cruzados se abalanzarian con furor duplicado sobre las fértiles campiñas del valle del Nilo. Así es, que Alcamil hizo la paz con los peregrinos en 30 de agosto de 1221, bajo la condición de que podían marcharse libremente con tal de evacuar á Damietta y todo el Egipto. El estado general de paz así establecido entre cristianos y mahometanos, había de continuar por espacio de ocho años, y solo podria romperse dentro de este plazo cuando llegara á Tierra Santa una testa coronada de Occidente.

A la realización de esta paz se opuso un grave obstáculo. Precisamente entonces había llegado á Damietta, enviado por el emperador Federico, un ejército notable, en cuyas filas había causado gran pena y odio contra los compañeros vencidos, la noticia de lo sucedido, principalmente contra el legado Pelagio, autor de tan gran calamidad. Semejante animosidad, y si cabe mas amenazadora, reinó entre la guarnición y la población cristiana de Damietta, sobre todo entre los italianos y principalmente entre los venecianos, que se mostraron mas disgustados. Estos últimos habían tenido en otro

tiempo relaciones amistosas con los eyubitas, pero desde los fuertes combates de los últimos años habían comprendido que otra conducta sería mas favorable para sus intereses comerciales. Querían conservar á todo trance la plaza de Damietta, tan favorablemente situada para la extensión de su comercio por los países del Sur, y por esto empuñaron las armas y se negaron rotundamente á entregar la ciudad. Pero poco despues comprendieron que sus fuerzas no bastaban para hacer una larga resistencia, y al fin se sometieron á las condiciones de paz con todos los demás italianos y alemanes que se les habían adherido. El 7 de setiembre fué evacuada Damietta, y poco despues abandonaron todos los peregrinos el país de los Faraones, que tan halagüeñas esperanzas les había ofrecido para prepararles al fin la decepción mas amarga.

EL EMPERADOR FEDERICO II Y LA IGLESIA ROMANA

Las luchas que el rey Andrés de Hungría, el duque Leopoldo de Austria, el cardenal Pelagio y todos sus compañeros habían sostenido en el Oriente durante los años 1216 á 1221, no tuvieron por objeto, segun resulta de lo arriba expuesto, la adquisición del territorio principal del antiguo reino de Jerusalen. Los combates en parte se libraron en el interior del territorio de los puertos cristianos de Acre, Tiro y Sidon, y en parte también fueron dirigidos hácia el Sur contra Egipto; de suerte que quedó libre y como olvidada la ciudad de Jerusalen. La causa de este olvido, segun se declaró entonces, fué, aun prescindiendo del deseo de mayores conquistas, la dificultad de dirigir una expedición contra Jerusalen por la falta de aguas en aquella región. Pero detrás de esta causa, de la carencia de aguas que en efecto había, hay que buscar alguna otra mas. La costa de Siria al Norte de Acre estaba cubierta de ciudades cristianas que gozaban todavía de gran prosperidad á causa de su activo comercio y del buen cultivo de las tierras; la Palestina meridional, por el contrario, era un árido desierto, en gran parte, desde los combates con Saladino. Los eyubitas, á pesar de que se hallaban allí en sus propios territorios, habían hecho una y otra vez grandes destrucciones para dificultar á los cristianos la posesión de aquella comarca. Los príncipes de los cruzados orientales, como los comerciantes occidentales, tenían desde entonces muy poco interés por la reconquista de Jerusalen: les importaba mas extender sus posesiones de la costa por los territorios interiores fronterizos, ó bien fundar un segundo Acre y Tiro en Damietta y Alejandria. A este fin dirigieron el ardor bélico de las masas de peregrinos, sin cuidarse del objeto principal de todos los cruzados, es decir, de la ciudad santa, y se decidieron por empresas que podían mantener despierto el entusiasmo de toda la cristiandad por la guerra contra el islamismo solamente por sus resultados mas brillantes.

Pero al mismo tiempo, y en coincidencia funesta con esta profanación de la guerra santa, la disposición de los cruzados del Occidente les llevó en su entusiasmo apasionado á una exaltación fuera de toda medida, que al fin vino á convertirse en fría indiferencia. Las tendencias ascéticas de la época llevaron muchos miles de criaturas inocentes á la muerte y á la esclavitud, en la desdichada cruzada de los niños, y el celo jerárquico de la curia romana preparó el terreno en el cual un clérigo altanero y ciego pudo usurpar el mando y sustituir su dirección á la de los guerreros. Verdad es que en tiempos de Urbano II, el legado apostólico Adhemar de Monteil se presentó también como jefe de los peregrinos; pero la dirección de la verdadera campaña la había abandonado á los hombres de espada. Por otra parte, el cardenal

Pelagio trató de dirigir los movimientos del ejército, abandonado a su propio criterio, y aprovechó la presión de la exaltación religiosa para vencer toda fuerza contraria a su voluntad. Siempre estaba exhortando a la penitencia, amenazando con tremendos castigos y quejándose de la traición contra la Santa Iglesia. Así obligó a los príncipes y caballeros a que le siguieran obedientes; pero demostró al propio tiempo con su funesta derrota la impotencia de un clérigo para el mando supremo de la guerra. En el Occidente se sintió amargamente este golpe. Tan grande como fué la alegría que causó la toma de Damietta, fué profunda la pena que causó la pérdida de dicha ciudad. Y ¿qué esperanzas de



Sello del emperador Federico II

victoria definitiva podían quedar aun, cuando hasta el despliegue más fanático de todas las fuerzas les había llevado de descalabro en descalabro?

Pero el gran movimiento que inició el papa Inocencio III no se había calmado aun del todo. El más poderoso que tomó la cruz en el año 1215, el emperador Federico II, no había cumplido su voto. Todo el mundo esperaba que marcharía pronto al Oriente, y por eso se puso por condición en la paz firmada entre Alcamil y los cruzados, que ésta podría romperse por un coronado monarca occidental que llegara a Oriente. Si pues las potencias con sus fuerzas seculares y eclesiásticas, caballeros y ascetas, cooperaban en mutua concordia y prudencia para grandes fines en la cruzada de Federico, la liberación de Jerusalén y la seguridad de la dominación cristiana en el Oriente eran aun posibles.

El joven príncipe de la casa de Suabia tomó la cruz por propio impulso en julio de 1215, siendo inducido probablemente a dar este paso, por consideraciones tanto religiosas, como políticas. Poco antes, y como al vuelo, había añadido a su reino de Sicilia la corona alemana, con la esperanza del imperio romano, con lo cual demostró que había heredado, a no dudarlo, todos los planes altivos de su familia. Su alma estaba «llena de agradecimiento hacia Dios», y su orgullo de soberano le impulsaba a dirigirse en Europa y en Asia por las sendas de Federico I y Enrique IV. De aquí el voto de la cruzada, en parte por devoción y en parte impulsado sin duda por la codicia; y aunque los sentimientos religiosos no duraron largo tiempo en su corazón, quedó siempre despierto su deseo de extender su omnipotencia imperial por los Estados de Oriente. Por largo tiempo le fué imposible dar nuevos pasos para satisfacer este deseo; pues mientras que vivió su adversario, el emperador Oton IV, que perseveraba en la lucha con ánimo inquebrantable, a pesar de sus grandes derrotas, no pudo siquiera hacer serios preparativos para la expedición a Siria. Después que murió Oton IV (19 de mayo de 1218), confió poder llevar a cabo sus planes, y no solo manifestó su intención de tratar seriamente del asunto de la cruzada en la dieta que debía reunirse en Mag-

deburgo, en marzo de 1219, sino que rogó también al Papa que excomulgara a todos los prelados y príncipes que habían tomado la cruz si no cumplían con su voto en el plazo que mediaba hasta el día de San Juan. Pero pronto comprendió que la situación de su dinastía no estaba suficientemente asegurada en Europa para poder emprender la expedición a Asia sin peligro para la tranquilidad de su patria. Por esto deseó que su hijo Enrique fuese elegido antes rey alemán, o sea su sucesor, y que él fuese coronado emperador. Después de obtener una y otra cosa, en el transcurso del año 1220, juzgando llegada la hora de empezar la guerra contra el islamismo, mandó hacer armamentos en Italia y Alemania, envió refuerzos notables al ejército de los cruzados de Egipto, en el verano de 1221, según ya vimos en otro lugar, y prometió hacer él pronto la travesía.

El papa Honorio tenía, pues, motivos para estar contento de la conducta del emperador en la cuestión de la guerra santa. Por lo demás no se puede negar que Federico había cometido faltas, habiendo prometido varias veces la cruzada y no habiéndola realizado, a lo menos en persona. Pero no fué suya toda la culpa del atraso de la empresa, sino más bien de haberse obligado con precipitación juvenil demasiado temprano a la peregrinación y de haber así despertado esperanzas de que estaba pronto a cumplir su promesa. Así lo comprendió al principio el papa Honorio y por eso exhortó al emperador, con moderación, a la expedición; pero al fin entró en animosidad contra él, si bien por motivos que nada tenían que ver con la cruzada. El joven emperador, de quien quería valerse la Iglesia romana para acabar con el poder del emperador Oton IV, había ascendido tan alto merced a su talento y a su buena fortuna, que parecían haber tomado en él cuerpo los tiempos más brillantes del antiguo esplendor imperial. El Papa y los cardenales, que más que nunca se consideraban como verdaderos dueños del mundo desde los días del enérgico Inocencio, se sintieron amenazados y molestados por tal rival, y por esta razón aprovecharon con gusto toda ocasión para humillar al príncipe poderoso.

No podía haber mejor ocasión que la ofrecida por la horrible calamidad de los cristianos en Egipto. La pérdida de Damietta fué causada en primer término, y mediatemente, por el cardenal Pelagio, es decir, por la Iglesia misma. Si, pues, se hacía responsable al emperador de esta catástrofe por haber descuidado emprender a tiempo la cruzada, se descargaba la Iglesia de una culpabilidad gravísima, y se lastimaba la autoridad de Federico con una censura que, a pesar de ser infundada, con dificultad podía ser desautorizada por nadie. Por esto Honorio no tuvo reparo en atribuir toda la responsabilidad de la conclusión fatal de la expedición egipcia, al emperador, en carta del 9 de noviembre de 1221, y amenazarle con excomunión si abandonaba en lo sucesivo la causa de Dios con la ligereza que había mostrado hasta entonces. Federico pudo demostrar en contra, cuán poco había merecido palabras tan duras; pero se habían ya pronunciado y sirvieron en adelante de arma poderosa de la Iglesia contra el imperio. Lo peor fué que la concordia entre los poderes eclesiástico y secular, sin la cual Federico no podía hacer gran cosa en Oriente, había ya desaparecido antes de que él pudiera disponerse a la peregrinación.

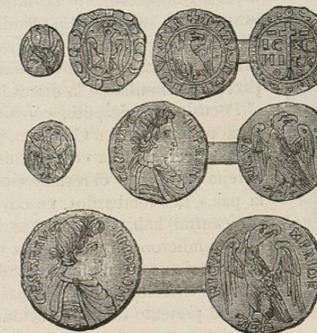
Sin embargo, estaba dispuesto el emperador a reparar el descalabro de Damietta en lo que dependiera de sus fuerzas. En abril de 1222 conferenció con el Papa, a invitación de este, en Berolín, territorio de los Estados pontificios, prometió la reunión de un congreso en Verona para trabajar en favor de la cruzada y juró emprender la peregrinación cuando el

papa Honorio designara. Poco tiempo después se dirigieron a Siria algunos barcos imperiales, en busca del cardenal Pelagio, del rey Juan, del patriarca de Jerusalén y de otros grandes personajes, para que tomaran parte en el congreso de Verona. Estos desembarcaron en Brindis en el mes de noviembre; pero el congreso no pudo reunirse, porque Honorio cayó enfermo, y Federico estaba muy ocupado en sofocar una sublevación de los musulmanes, que vivían todavía en gran número en Sicilia. Al fin, en marzo de 1223 se congregaron en Ferentino de la campiña romana, el Papa, ya curado de su enfermedad, el emperador, los señores sirios, y muchos dignatarios, principalmente obispos de Alemania e Italia. Federico prestó otra vez el juramento de Berolín, y se obligó a marchar a la Siria el día que la asamblea fijase, que fué el 24 de junio de 1225, por tanto, al cabo de algo más de dos años. También consintió Federico en una propuesta que se hizo con el fin de unir estrechamente sus intereses con los de Tierra Santa. El emperador estaba viudo hacía ya algún tiempo por muerte de su primera esposa Constanza, acaecida en 23 de junio de 1222. El rey Juan de Jerusalén tenía de su esposa María Yolanda, también ya difunta, una hija llamada Isabel, heredera del reino de Jerusalén, cuya mano fué ofrecida al emperador, y este aceptó gustoso el plan de casamiento que le ofrecía la adquisición de Jerusalén para sí y sus sucesores.

La reunión de Ferentino aplazó el principio de la cruzada hasta el año 1225, manifestamente por dos razones; primera, para dar tiempo al emperador a que sujetase a los musulmanes de Sicilia, y segunda, para inducir a muchos príncipes y pueblos del Occidente a que tomaran parte en la cruzada. Lo primero se logró en el tiempo fijado, por la prudencia y energía de Federico; pero los esfuerzos por despertar de nuevo el antiguo entusiasmo para la guerra santa fracasaron esta vez lastimosamente. Honorio envió predicadores de la cruzada y escribió cartas a muchos príncipes y prelados de Occidente, amonestándoles encarecidamente que terminasen con las pendencias domésticas a fin de alcanzar recompensas celestes por medio de sacrificios terrenales, tomando parte en la peregrinación; pero sus palabras no causaron grande impresión. El rey Juan hizo después propaganda en Francia e Inglaterra, donde halló buena aceptación, y recibió algunas cantidades de dinero para socorro de la Tierra Santa. No consiguió más, ya porque continuaba la guerra contra los albigenses, ya también porque franceses e ingleses estaban en guerra. En Alemania predicaron la cruzada al principio los clérigos de categoría inferior y los monjes de aquel tiempo; pero como obtuvieran poco éxito, el papa Honorio envió al cardenal Conrado, noble señor alemán de la estirpe de los condes de Urach, hacia los Alpes; y Federico encargó al valeroso maestre de la orden teutónica, Herman de Salza, íntimo amigo suyo, que trabajase en favor de la cruzada. Estos hombres tampoco pudieron conseguir gran cosa, demostrándose con esto que la Iglesia había tirado demasiado de la cuerda por su celo exagerado, causándose a sí misma notable perjuicio. Donde no había completa indiferencia y aun aversión contra la guerra santa, se prefería a sangre fría cualquier interés doméstico a la gran causa de la cristiandad.

Federico hizo entre tanto grandes esfuerzos por cumplir lealmente el juramento prestado. Armó una poderosa escuadra, y procuró atraerse cruzados de todas partes, prometiendoles libre travesía y toda clase de ayuda con suma liberalidad. Pero cuando se acercó el momento de la marcha debió comprender que sus fuerzas no eran suficientes para combatir eficazmente a los eyubitas. Como puede suponerse, había emprendido gustosamente la cruzada que había de redundar principalmente en beneficio suyo, como futuro es-

poso de Isabel de Jerusalén; pero sin esperanzas suficientemente garantidas acerca del triunfo sobre los enemigos de la Cruz, no quiso salir de Occidente, ni faltar a las obligaciones de soberano que allí tenía. Después de resolver el aplazamiento de la peregrinación para mejores días, solo le parecía dudosa la situación en que se colocaría la Iglesia respecto sus planes. Para ejercer presión sobre la curia romana y hacerla accesible a sus deseos, convocó a todos los prelados de su reino de la Italia meridional, y los retuvo a su lado hasta tanto que las negociaciones entabladas al mismo tiempo con Honorio prometieran un éxito favorable. Fué para él venta-



Monedas de Federico II

joso que el Papa se hallara entonces muy apurado con una sublevación de los romanos y que no pudiera en su virtud oponerse a su pretensión con demasiado rigor. En 25 de julio se celebró un tratado en San German, entre el emperador y el plenipotenciario apostólico, del tenor siguiente: el emperador jura y hace jurar a uno de sus nobles, el duque Reinaldo de Spoleto, «por su alma», que emprenderá la cruzada en agosto de 1227 con 1,000 caballeros y 150 grandes barcos, y que sostendrá este poder en la Tierra Santa por espacio de dos años, para lo cual y para lo demás en que pudiera faltar presta la indemnización metálica correspondiente. Promete además poner a disposición de los cruzados los barcos necesarios para transportar 2,000 caballeros y su séquito, y pagar en cinco plazos, desde agosto de 1225 a igual mes de 1227, al rey Juan, al patriarca de Jerusalén y al maestre de la orden teutónica 100,000 onzas de oro en favor de la Tierra Santa (1); pero con la condición de que le serían devueltas cuando emprendiera la cruzada. En caso de morir antes de agosto de 1227 el emperador Federico, su sucesor quedaba obligado a llevar a cabo la peregrinación; y si el emperador no cumplía con el voto, incurriría *ipso facto* en la excomunión.

De este modo obtuvo el emperador Federico, con el asentimiento de la Iglesia, una nueva próroga de la cruzada. Pero el tratado de San German deja comprender que las relaciones entre el imperio y el papado iban siendo cada vez más tirantes para desgracia de Jerusalén. Las condiciones a que debían someterse el emperador Federico eran excesivamente duras. Con poca consideración, como tal vez no se haya tenido jamás con príncipe alguno, se le exigió un sacrificio

(1) Röhrich, Apuntes para la Historia de las Cruzadas, I, 62, dice que la onza de oro equivalía a 65 pesetas, 5 céntimos; es decir, el total a 6 millones y 150,000 pesetas. Winkelmann, Historia del emperador Federico II, páginas 191, 382 y siguientes, atribuye a la onza el valor de 111 pesetas, por tanto, toda la suma sería 11.100.000. Fueran 11 ó fueran 6 los millones, eran mucho dinero para el valor que tenía en aquel tiempo.